

**OBSERVATORIO INTERNACIONAL CARDENAL VAN THUAN
PARA LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA**

**XI REPORTE ANUAL DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA
EN EL MUNDO**

Informe presentado por el CIES-Fundación Aletheia

Buenos Aires, República Argentina

Agosto, 2019

**Daniel Passaniti
Director Ejecutivo
CIES-Fundación Aletheia**

OBSERVATORIO INTERNACIONAL CARDENAL VAN THUAN PARA LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

XI REPORTE ANUAL DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA EN EL MUNDO

La propuesta del presente informe lleva a reflexionar acerca de la necesidad de recuperar la identidad nacional frente a los peligros del globalismo y de su “pensamiento único”, como así también de los peligros que conllevan exacerbados nacionalismos y/o –agregamos- populismos demagógicos en sus distintas versiones.

Para ello, vale recordar que el concepto de Nación supone una *“comunidad étnica de hombres unidos por vínculos de sangre, de territorio, de cultura, de lengua, en posesión de un vínculo específico de solidaridad interno, frente a otros grupos sociales”*, y que por tanto, el rasgo distintivo de un sano nacionalismo debe buscarse en la solidaridad interna de un grupo humano tanto con su pasado, como su presente y su futuro. Por su parte, Patria significa la herencia cultural, las tradiciones y costumbres recibidas de los antepasados, es la “tierra de los padres”, es esa *“cantidad tierra donde uno puede hablar una lengua y donde pueden reinar unas costumbres, un espíritu, un alma y un culto, es esa porción de tierra donde un alma puede respirar y un pueblo puede vivir”*. En virtud de lo cual, no deben confundirse los conceptos de Nación y Patria con el concepto de Estado, este último, en tanto representa la organización política y jurídica de una sociedad, puede llegar a establecer un ordenamiento contrario al sentimiento nacional y a la propia identidad que la sustenta, tal como ocurre en Argentina. Y por otra parte, vale también la aclaración, la fe católica y universal que suscita el amor a la “patria celeste” no se opone al sentimiento patriótico terrenal, antes bien lo fortalece.¹

Decía al respecto San Juan Pablo II: *“En este sentido, la universalidad, dimensión esencial en el Pueblo de Dios, no se opone al patriotismo ni entra en conflicto con él. Al contrario, lo integra, reforzando en el mismo los valores que tiene; sobre todo el amor a la propia patria, llevado, si es necesario, hasta el sacrificio; pero al mismo tiempo abriendo el patriotismo de cada uno al patriotismo de los otros, para que se intercomunique y enriquezcan. La paz verdadera y durable tiene que ser fruto maduro de una lograda integración de patriotismo y universalidad.”*²

Pero sí es cierto que este principio de nacionalidad que hace a la particularidad e identidad cultural de un pueblo, está hoy en permanente tensión frente a factores exógenos que lo erosionan. En efecto, la fuerte movilidad social, el dinamismo de los fenómenos migratorios, el poder hegemónico de los medios de comunicación social y la globalización económica que caracterizan el nuevo horizonte mundial con sus tendencias que uniforman en el pensamiento único, y frente a ello el surgimiento de

¹ Carmelo Palumbo: Guía para un estudio sistemático de la Doctrina Social de la Iglesia, 4ta edición. Editorial CIES. Buenos Aires, 2004, págs 225-228

² San Juan Pablo II: A los Obispos de Argentina, 12/6/1982.

fuertes particularismos étnicos-culturales como reacción, necesidad de supervivencia y de preservar la propia identidad, no hacen más que configurar la tensión existente en el mundo actual. *“Esta tensión entre particular y universal se puede considerar inmanente al ser humano. La naturaleza común mueve a los hombres a sentirse, tal como son, miembros de una única gran familia. Pero por la concreta historicidad de esta misma naturaleza, están necesariamente ligados de un modo más intenso a grupos humanos concretos; ante todo la familia, después los varios grupos de pertenencia, hasta el conjunto del respectivo grupo étnico-cultural, que, no por casualidad, indicado con el término "nación" evoca el "nacer", mientras que indicado con el término "patria" ("fatherland"), evoca la realidad de la misma familia. La condición humana se sitúa así entre estos dos polos - la universalidad y la particularidad - en tensión vital entre ellos; tensión inevitable, pero especialmente fecunda si se vive con sereno equilibrio.”*³

Pero también advirtió el entonces Papa Juan Pablo II, en ese mismo discurso, sobre el peligro de posturas ideológicas reductivas y excluyentes que reaccionan frente a estos fenómenos, olvidando ese sereno equilibrio. *“Por amarga experiencia, por tanto, sabemos que el miedo a la "diferencia", especialmente cuando se expresa mediante un reductivo y excluyente nacionalismo que niega cualquier derecho al "otro", puede conducir a una verdadera pesadilla de violencia y de terror. Y sin embargo, si nos esforzamos en valorar las cosas con objetividad, podemos ver que, más allá de todas las diferencias que caracterizan a los individuos y los pueblos, hay una fundamental dimensión común, ya que las varias culturas no son en realidad sino modos diversos de afrontar la cuestión del significado de la existencia personal. Precisamente aquí podemos identificar una fuente del respeto que es debido a cada cultura y a cada nación: toda cultura es un esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y, en particular, del hombre: es un modo de expresar la dimensión trascendente de la vida humana. El corazón de cada cultura está constituido por su acercamiento al más grande de los misterios: el misterio de Dios.”*⁴

Argentina: identidad y voluntad de ser una Nación, la ilusión por la Patria

Ningún país, ninguna nación puede alcanzar su auténtico desarrollo si no es a partir de su propia identidad, de sus propios valores, costumbres y tradiciones. Los factores exógenos antes mencionados que conducen a la uniformidad y al pensamiento único, no sólo representan una amenaza a la identidad de los pueblos sino también a su estilo de vida y a sus expectativas de progreso. En efecto, *“la identidad, la mismidad, o sea ese plexo de datos que nos permite encontrarnos, reconocernos y programar nuestras vidas sin las violencias de la incomprensión, encuentra, precisamente, su razón de ser en una comunidad transparente de origen, de certezas compartidas y de hábitos*

³ San Juan Pablo II: Discurso en la quincuagésima asamblea general de las Naciones Unidas. Nueva York, 5-X-1995.

⁴ San Juan Pablo II: Discurso en la quincuagésima asamblea general de las Naciones Unidas. Nueva York, 5-X-1995.

*inconfundibles, espontáneamente adoptados y que se enriquecen cotidianamente en los plebiscitos que demanda la convivencia en un recinto cívico como es una Nación ”*⁵

De modo tal que no puede haber experiencia de desarrollo ni expectativas de progreso de una nación, si la misma no está centrada en el respeto a su propia cultura y tradición (identidad de origen), en el compromiso comunitario y plena conciencia de los deberes sociales (identidad de conciencia) y en una firme voluntad de ser y de realizar un proyecto de vida en común (identidad de destino).

La identidad supone la capacidad de permanecer igual (mismidad) ante diferentes circunstancias y relaciones. Y está formada por tres elementos: la conciencia, la memoria y la cultura. Quien no tiene conciencia no tiene identidad, y es en la conciencia donde reconocemos los valores fundamentales; el descubrimiento de esos valores es histórico y vive en la memoria. Ahora bien, los valores son siempre los mismos para todo hombre, pero la forma en que se viven es diferente en cada persona, cada familia y cada nación, he aquí la importancia y el significado de la cultura: “(...) *cada cultura humana es un camino hacia la verdad del hombre (...) son caminos distintos, y el hombre que cree no pertenecer a ninguna cultura, siendo cosmopolita e internacional, es un hombre que no tiene cultura. Para ser internacionales se necesita antes ser profundamente nacionales. Aquel que no tiene conciencia de su propia cultura nacional, que no entiende cómo funcionan la historia y la solidaridad de su nación, tampoco puede entender cómo funcionan la solidaridad, la historia ni la vida de otra nación, ni tampoco puede entender cómo las naciones pueden trabajar juntas en el interior de una humanidad común.*”⁶

Hace diez años atrás, el Papa Benedicto XVI dirigiéndose a los Obispos argentinos les habló de la necesidad de un renacimiento espiritual y moral de las comunidades y de la sociedad toda, a partir de una acción evangelizadora fundada en los valores cristianos que configuraron la historia y la cultura argentina.⁷

Lamentablemente Argentina es hoy uno de los países de la región que demuestra claramente una profunda desintegración social y la erosión de su propia identidad nacional, producto ello de una decadencia moral notoriamente agravada en los últimos años. De allí la imperiosa necesidad de un renacimiento espiritual y moral de la sociedad toda, de la que hablaba en aquel entonces el Papa Benedicto XVI.

En relación a esta desintegración social, afirmó el gran historiador británico Arnold Toynbee: “*El cisma en el cuerpo social (...) constituye una experiencia colectiva y por ende superficial. Su sentido reside en el hecho de que es el signo exterior visible de una grieta espiritual interna, y esa grieta espiritual se abre en el alma de los hombres (...) En el interior de cualquier cisma que aparezca en la superficie de la sociedad (...) se hallará un cisma del alma (...)*”⁸

⁵ Marcelo Lascano: La corrupción de la cultura y de la identidad nacional. Ciclos de Cultura y Ética Social, CIES –Buenos Aires 2003.

⁶ Rocco Butiglione: Identidad y globalización. 8vas Jornadas Bancarias, ABRA. Buenos Aires, 1997

⁷ Benedicto XVI: a los Obispos argentinos en su visita “ad limina”, abril 2009

⁸ Arnold J. Toynbee, Estudio de la Historia, Tomo V–segunda parte, pag. 385. Emecé Editores SA, Buenos Aires, 1957.

Y de esto se trata efectivamente la cuestión: Argentina sólo podrá revertir esta grieta espiritual interna recuperando y reivindicando los valores cristianos que forjaron su matriz cultural y su identidad nacional. Y esto debe ocurrir primero en el alma de cada argentino, para que ello pueda aflorar y verse reflejado en la sociedad toda y en sus instituciones. Es dramáticamente evidente la necesidad de revertir esta crisis moral y la anomia social prevaleciente, la de recuperar la República a partir de la esencia misma, de los fundamentos, raíces morales, espirituales y culturales que dieron origen a nuestra Nación.

Bien decía un pensador y escritor argentino, hace ya algunos años, que la diferencia fundamental entre esta Argentina del Bicentenario y aquella otra Argentina del Primer Centenario, es esencialmente espiritual. En aquella Argentina había un impulso patriótico y un sentido heroico de fundar la Patria, hoy presenciamos un pueblo temerario, sin convocatorias, dominado, incapaz de amarse y olvidado de querer ser.⁹

Tiempo después, el mismo escritor y pensador, en una nota afirmaba que Argentina es hoy un “ (...) país reblandecido, sin orgullo, triste, crispado, agresivo, sin libreto de grandeza, con un millón y medio de jóvenes a la deriva, ante la imbecilidad de la bailanta, la tentación del delito o el suicidio del paco (...) Un país sin Estado y sin dirección de éxito no es un país transgresor, sino estúpido (...) La des-educación antipatriótica y antinacional alcanzó su cometido anarquizante en estos años (...) Estamos en una tierra de nadie peligrosa (...) tan venido a menos que nuestro pasado nos parece casi un futuro utópico”¹⁰. Palabras que tienen más de diez años, pero tan actuales como entonces.

La virtud del patriotismo

Patriotismo, palabra olvidada cuando no ridiculizada en la Argentina actual. El patriotismo pertenece a la virtud de la justicia y es una forma de la virtud de la piedad, en efecto, es propio del hombre el amor a la Familia y a la Patria, como así también lo es el amor sobrenatural a la Iglesia.

Patriotismo significa gratitud, abnegación, servicio y entrega al Bien Común, fidelidad a la tradición y a los valores que han configurado la identidad nacional. Decía el Papa León XIII: «*Por ley natural se nos manda señaladamente amar y defender la patria en que nacimos y fuimos recibidos a esta presente luz, hasta punto tal que el buen ciudadano no duda en afrontar la muerte misma en defensa de su patria (...) El amor sobrenatural a la Iglesia y el afecto natural de la Patria, son dos amores gemelos que nacen del mismo principio sempiterno, como quiera que el autor y causa de uno y otro es Dios*».¹¹

Hubo una Argentina, en la que quien escribe esta nota le ha tocado vivir, donde los maestros y maestras (no denigrados a la figura de trabajadores de la educación) eran predicadores de la dignidad y de la libertad del hombre, del amor a la Patria y a sus símbolos; donde alumnos y soldados juraban solemnemente la Bandera, la que era

⁹ Abel Posse: Argentina, el gran viraje. Emece Editores SA, Buenos Aires 2000

¹⁰ Abel Posse, La Nación 11-09-2008

¹¹ Papa León XIII: Encíclica *Sapientiae christiana* 10-01-1890,, Nros 6 y 7

respetada y custodiada por toda la población; hubo una Argentina donde se entonaba el Himno nacional con emoción patriótica, en colegios, cuarteles, universidades y en todo acto público, en la que se festejaban las fiestas patrias con desfiles cívico-militares, una Argentina en la que la Iglesia estaba presente en todos los actos cívicos, en los barrios y en la vida cotidiana. Hubo una Argentina en la que, al decir de Julián Marías, existía la ilusión por la Patria.¹²

Y esta ilusión por la Patria, supone, entre otras cosas, conocer e insertarse en su verdadera historia (no en el libreto ideologizado hoy ampliamente difundido y hasta enseñado en las escuelas), porque de ese pasado histórico –dice Julián Marías– recibimos la energía que nos mueve hacia delante, hacia el futuro.

Unido a la ausencia de patriotismo va otro de los grandes déficits de la Argentina actual, esto es, la falta de conciencia de los deberes sociales y la ausencia consecuente de un compromiso comunitario que garantice, en todo momento, la cohesión social y un proyecto de vida en común.

Es en virtud de esta infra-cultura y del pragmatismo utilitarista reinante hoy en la sociedad argentina, que no existe conciencia de que todo hombre nace con un *débito*, que todos somos deudores desde el primer segundo de nuestra existencia. Deudores en primer lugar de *Dios*, porque nos ha dado gratuitamente la posibilidad de ser y es El quien nos sustenta en el ser, y ser deudores de Dios significa amar y respetar su Ley tanto en la vida privada como en la vida pública. Deudores de nuestra *Familia*, de nuestros padres, quienes nos han traído al mundo, han cuidado de nosotros y nos han provisto de aquéllos bienes materiales y espirituales necesarios para nuestra formación personal. Y deudores de nuestra *Patria*, porque en ella nacimos y porque sólo a través de ella nutrimos nuestra identidad y nuestra voluntad de ser una nación soberana.

De modo tal que para remontar la decadencia en la que está inserta y que la retiene en el umbral del subdesarrollo, Argentina deberá recuperar su *voluntad de ser* y rescatar ese *proyecto de vida en común* que es la Nación; asimismo deberá formar hombres para el deber, plenamente conscientes de un destino común y comprometidos con su Patria.

Más allá de todo signo político gobernante, y muy a pesar de los populismos de izquierda o de derecha que alternan el poder en Argentina y que han venido propiciando e instalando un orden público contrario al *ser nacional*, estamos convencidos que sólo a partir de su propia identidad y de la matriz cultural que le dio vida como Nación podrá hacer frente a los desafíos que presenta el mundo actual, de esta forma y sólo así podrá recuperar la grandeza que alguna vez tuvo.

¹² Julián Marías, *Breve tratado de la ilusión*. Editorial Alianza, Madrid 1990